

# *Responsabilidades compartidas\**

AGUSTÍN SÁNCHEZ VIDAL

Ninguna de las arquitecturas que vertebran una ciudad se asienta sobre el vacío, y aquellas que sirven al ocio no son una excepción. Vienen del pasado y se dirigen hacia el futuro, que se presenta de forma cada vez más clara como un potenciador de ese sector. En semejante contexto, cualquier menoscabo de las edificaciones erigidas con tales propósitos constituye un doble atentado: al del pasado y al del futuro de la ciudad. Si, además, recae sobre el cine, está incidiendo sobre una de las claves insoslayables de la identidad zaragozana.

Y ello porque, a tenor de lo que vamos consiguiendo averiguar, en su tramo contemporáneo la capital aragonesa ha estado muy al día en este tipo de manifestaciones, no siendo infrecuente que novedades muy de última hora presentadas en París o Nueva York en el invierno o la primavera anteriores estuvieran en nuestra ciudad para las fiestas del Pilar. Ese fue el caso del cinematógrafo Lumière, que serviría a Eduardo Jimeno para rodar aquí en 1896 la primera película española. Desde entonces, la relación de esta ciudad con el cine ha sido privilegiada.

Dados esos supuestos, la perspectiva de que Zaragoza vaya a quedarse in otra de sus grandes salas, el Fleta, supone una merma tanto para su patrimonio arquitectónico como para la configuración de su entramado social. Por la razón que fuere, es éste un espectáculo que ha cuajado en los hábitos y manera de ser de nuestros paisanos, uno de los pocos auténticamente populares, en torno al cual se han ido forjando sus anhelos y desvaríos, sus expectativas y quiebros como tribu.

Habrà quien piense que es poco lo que se va a perder, ya que se prevé sustituirlo por minicines. Pero eso no es solución: hay un tipo de películas que necesita del gran formato, de igual modo que una cosa es la ópera y otro el teatro de cámara. Es posible que dentro de poco Zaragoza cuente con unas maravillosas infraestructuras en áreas que, a diferencia del cine, hasta el momento ni por asomo, han definido su especificidad ni su identidad como urbe y cuya utilidad está por ver. Mientras, desaparecen ante nuestros propios ojos dotaciones culturales

---

\* Artículo publicado en «Heraldo de Aragón» el día 1 de marzo de 1994.

que vienen cumpliendo su función con probada eficacia aglutinadora y una aceptación que se haría acreedora con muchas más razones al amparo del dinero público.

A la altura de los años ochenta, un informe sobre el consumo cultural mostraba que el cine era frecuentado por un 50% de los españoles, superando holgadamente por sí solo al conjunto de todos los demás espectáculos. Y, sin embargo, tanto el Estado como las administraciones autonómicas, provinciales y locales siguen cubriendo, imperterritos, las actividades culturales como si nada hubiera pasado, financiándolas en orden inversamente proporcional a su frecuentación, aunque sólo un 7% asista una vez al año a un concierto de música o el 12% al teatro.

Algo tendría que decir en esto un Ayuntamiento que anda embarcado en aventuras como la del auditorio más superferolítico que vieron los tiempos. Y, por supuesto, una Consejería de Cultura de la DGA que si de algo anda necesitada es de definir de una vez su política respecto a la imagen y el audiovisual. Cierto es que en pocos aspectos ha recibido una herencia tan desastrosa de su antecesora. Pero sería un sarcasmo que la metieron en ese atolladero siguieran haciendo de su capa un sayo al amparo de los nuevos gestores. El equipo de dicho departamento lleva al frente el suficiente tiempo como para que muestre indicios creíbles —y no sólo buenas palabras— de su propósito de enderezar el rumbo. Parece que ya va siendo hora de que se ponga orden, se depuren las responsabilidades correspondientes y empecemos a saber en qué se han venido utilizando unos recursos que se suponen de todos los aragoneses. Y con los cuales deberían orientarse actuaciones de una inmaculada trnsaparencia, en vez de torpedear las iniciativas que surgen de otras instituciones.